

PATRICK MONRIBOT

Lo infantil en el diván.
La cura del pequeño
neurótico

Granada,
viernes 14 de diciembre de 2010

Editorial Universidad de Granada

M M X I

- © PATRICK MONRIBOT.
© UNIVERSIDAD DE GRANADA
LO INFANTIL EN EL DIVÁN. LA CURA DEL
PEQUEÑO NEURÓTICO.
ISBN:
Depósito legal: Gr./
Edita: Editorial Universidad de Granada.
Campus Universitario de Cartuja. Granada.
Fotocomposición: TADIGRA S. L. Granada.
Diseño de cubierta: Josemaría Medina Alvea
Dibujo de portada: Gabriel Sánchez
Imprime: Imprenta Santa Rita. Monachil. Granada.

Printed in Spain

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.»

PRESENTACIÓN

Algunas palabras de introducción a esta publicación que, a modo de un *haiku*, es pequeña en su tamaño pero grande en su extensión.

Una elección certera, por parte de nuestros colegas del Instituto del Campo Freudiano en Granada, la de esta conferencia de Patrick Monribot para formar parte de una colección que esperamos casi con la misma ilusión que un niño espera su juguete la mañana del día de Reyes.

Y de niños se trata. Del universo de la infancia, al que Freud accedió a través de la cura de adultos, y al que la cura de niños nos permite conocer de primera mano. Una empresa compleja, la del psicoanálisis con niños, *necesaria* y cada vez más *contingente* en la utilidad pública que se desprende de nuestra práctica de discurso.

Conferencia *magistral* por lo que enseña, *testimonial* por la experiencia de la que da cuenta, *práctica* por cómo nos orienta en la dirección de la cura.

Nos ha conmovido el modo en que hace transmisión del psicoanálisis: la puesta a prueba de sus conceptos y sus principios en el caso por caso que solo es posible cuando se trata de una verdadera praxis, aquella que no se somete a las exigencias curativas y da lugar al sujeto que intenta mostrarse en el síntoma para que su verdad sea escuchada.

Esa verdad particular que a menudo nada tiene que ver con las versiones de padres, pediatras o educadores cuando de un sujeto infantil se trata.

En esta época —en la que aquellos que tratan con el sufrimiento en la infancia se encuentran exigidos, ya sea por las familias o por el sistema educativo, a eliminar síntomas molestos o disruptivos— encontramos en los trabajos de psicoanalistas, como Patrick Monribot, una muestra de cómo una clínica orientada por el psicoanálisis,

que tiene en cuenta la función del síntoma como *auto-tratamiento* ante un real insoportable, lejos de intentar eliminar el síntoma, favorece su construcción en aquellos casos cuya gravedad no lo había permitido.

Es verdad que no es fácil mostrar a los padres que la aparición de una enuresis puede significar un avance en la cura, pero esa dificultad nunca debe de hacernos retroceder pues hay una ética en juego.

Monribot nos muestra, con el caso del *pequeño huelguista*, cómo no retroceder. Establece y da cuenta del deseo del analista que no se rige por recetas ni protocolos sino que da tiempo al sujeto infantil a tener un síntoma y a hacer su propia demanda para que la empresa analítica sea posible y obtener una cura durable.

Una exposición que despertó nuestra admiración por el rigor clínico y teórico, la claridad de los conceptos, el detalle en el relato que permite seguir los momentos lógicos de la cura y la posición del analista.

YNMA NIETO FERRE

Conferencia impartida por Patrick Monribot en el Salón de Grados de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de Granada, el 14 de diciembre de 2010, con motivo del Ciclo de Conferencias y Debates organizadas por el Instituto del Campo Freudiano de Granada, que en el curso 2010-2011 llevó por título: Paradojas de la salud mental. Lacan y la psiquiatría. Fue presentado por José Luis Chacón.

LO INFANTIL EN EL DIVÁN.
LA CURA DEL PEQUEÑO NEURÓTICO

PATRICK MONRIBOT

Quiero empezar mi exposición con la pregunta siguiente: ¿Cómo y por qué uno pasa de una práctica de cuidados psiquiátricos al psicoanálisis aplicado a la terapéutica?

Antes de autorizarme a dicha práctica analítica, fui psiquiatra en un hospital, en una institución y después en un gabinete —lugares todos en donde yo tenía la misión de curar. Treinta años más tarde, mi práctica se ha modificado, gracias a mi cura personal, y se ha orientado en función del psicoanálisis. No se puede decir que el mobiliario de un gabinete o el protocolo de las sesiones sean elementos esenciales

para dar cuenta de la diferencia; por ejemplo, es raro tumbar en el diván a un niño en análisis, y por otro lado, el niño no se preocupa nada por saber si usted es analista, psiquiatra o psicólogo. El trabajo con los niños es, pues, un trabajo de gran valor para explorar la distancia que puede haber entre las prácticas. En resumen: ¿Qué es lo que distingue una psicoterapia motivada por curar y un psicoanálisis motivado por el deseo de saber, más allá de su efecto terapéutico?

Para responder a esta pregunta, desarrollaré un caso preciso de mi práctica, un caso de un niño de ocho años, ya que el universo de la infancia nos enseña mucho—incluso sobre los recursos terapéuticos.

Hoy limitaré aquí mi demostración al registro de la neurosis, (mis observaciones también conciernen a la psicosis, pero este tema merecería otra conferencia apoyada con otros ejemplos clínicos). La cura del pequeño neurótico nos ofrece una lectura de la lógica del inconsciente, quizás más

evidente que en el adulto. Por otra parte, el universo de la infancia y el sufrimiento de los niños también se pueden abordar a partir de la cura de adultos. En efecto, el sujeto adulto nos enseña mucho sobre la neurosis infantil. Fue así como Freud procedió. Éste proclamaba que el inconsciente no tiene edad, mientras que el doctor Lacan definió el inconsciente como lo «infantil» depositado en todo sujeto, sea cual sea su edad.

Para resumir, podemos aclararnos sobre la estructura del niño de dos maneras: o bien por la práctica con niños —daré un ejemplo preciso—; o bien a partir del análisis de la neurosis infantil, tal como se explora en la cura de adultos.

Uno

Bajo la sombra espesa de los repliegues de las enaguas

En primer lugar: ¿qué aprendemos de la neurosis infantil en la cura de adultos? Voy a responder con un ejemplo.

Un adulto consiguió poner en evidencia durante su análisis las coordenadas de una enuresis nocturna que le sobrevino en su primera infancia, a la edad de tres años. Después, hacia los seis años, ese síntoma cesó, cediendo el paso a fenómenos de cuerpo: sufrió *tics* hasta la adolescencia —*tics* en la cara. Más tarde, los *tics* dejaron paso a problemas de otro registro completamente distinto: la dificultad repetida de elecciones amorosas, lo que le llevó a pedir un análisis a la edad de 25 años. En el fondo, vemos desfilar todo el panorama de la vida sintomática de este sujeto, desde la enuresis de su infancia hasta los tormentos amorosos de la edad adulta. Pero, volvamos a la primera infancia. Las coordenadas del síntoma de enuresis son muy precisas: el analizante las fue desprendiendo de la novela construida a lo largo de la cura. He aquí la lógica.

Un día, hacia los tres años, ve a su madre que está orinando en medio del campo, detrás de un bosquecillo. Ella está vestida

y en cuclillas. Al niño le extraña verla en esa posición y se lo refiere a su madre. Ésta le responde que no hay nada más normal, pues ella «hace pipi por un agujero», como todas las mujeres. El niño no cree lo que esta viendo, en una edad en la que la diferencia de los sexos empieza a interrogarlo.

Al día siguiente, decide mirar debajo de las faldas de su madre con el fin de verificar este asunto —más exactamente, con el fin de invalidar la existencia de ese agujero anunciado. Se trata de ir a desmentir con sus propios ojos la palabra de su madre, —esto lo precisará mucho más tarde en su análisis. Para ello, decide actuar clandestinamente, sin decir nada. Como si nada, a cuatro patas, haciéndose el remolón como si estuviera jugando, el niño se aventura a ir bajo las faldas de su madre cuando ella estaba atareada en alguna tarea del hogar. La empresa tuvo tres consecuencias.

En primer lugar, el niño no vio nada, excepto la sombra espesa de los repliegues de las enaguas de su madre. A continua-

ción, recibió una magistral bofetada que le organizó definitivamente una primera represión de su estrategia en la búsqueda sobre el sexo femenino. (La cuestión sobre el sexo femenino sin embargo se mantiene, cuestión dolorosa, enigmática y obsesiva que encontrará en la edad adulta y sobre la cual tendrá que espabilarse durante la cura). La tercera consecuencia es correlativa de las otras dos: al día siguiente de su tentativa abortada comienza el famoso síntoma enurético. Empieza a mearse cada noche en la cama de manera persistente, y así durante los tres años siguientes —hasta los seis o siete años. Esas coordenadas de desencadenamiento de la neurosis infantil serán, pues, exploradas durante la edad adulta.

Esta viñeta clínica confirma que la neurosis y sus síntomas se instalan siempre a partir de un agujero en el Otro. Aquí, se trata de un agujero en el cuerpo materno. Nótese que la castración materna —castración imaginaria en el sentido freudiano—

no es de ninguna manera percibida por el niño: dicha castración es simplemente anunciada por la madre.

Ante ese agujero supuesto sobre la imagen del cuerpo materno, el niño intenta instalar un desmentido vía una estrategia de mirón que evoca el rasgo perverso. Ir a mirar debajo de las enaguas de su madre, en nombre de una creencia como la de Santo Tomás: «sólo creo lo que veo». Se trata, sobre todo, de invalidar el propósito de su madre, verificar que no hay agujero. Pero la reacción de la madre lo fuerza a la represión: la bofetada viene a impedir la estrategia de anulación, pero también viene a cerrar el paso a una primera satisfacción escópica.

Aunque su manera de decir «no» a la castración materna, de reprimir el agujero en el cuerpo del Otro, no pasará por el desmentido perverso del agujero si no más bien por la represión, que señala otra manera completamente diferente de rechazo, más neurótica.